



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**  
**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## **LECTURA SESIÓN 5**

# **CBX 108 ANTIGUO TESTAMENTO II**

Carbajosa Ignacio, Joaquín González Echeagaray y Francisco Varo.

“La restauración de Judá bajo los persas”. En *La Biblia en su entorno*, 313-330. Estella: Verbo Divino, 2023.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

## CAPÍTULO X

# LA RESTAURACIÓN DE JUDÁ BAJO LOS PERSAS

La historia del Imperio neobabilónico es relativamente breve, ya que duró poco más de ochenta años. Había tenido un comienzo fulgurante con los triunfos de Nabopolasar, especialmente con la destrucción de Nínive el 612 a.C., que supuso el hundimiento del Imperio asirio. Se consolidó firmemente durante el largo reinado de Nabucodonosor II, pero sus sucesores carecieron de capacidad de liderazgo y siguieron unos años de inestabilidad interna. En el 555 a.C. accedió al trono Nabónido y parecía que tenía condiciones para restablecer el potencial perdido, pero su apoyo al culto del dios lunar Sin, fue un error. Provocó una rebelión de los sacerdotes de Marduk, que acudieron a Ciro II de Persia y le abrieron las puertas de Babilonia el año 539 a.C. De este modo terminaba la supremacía neobabilónica y se iniciaba una nueva época en todo Próximo Oriente.

Para acercarnos a la historia del pueblo de Israel en este periodo, procederemos de modo análogo al seguido en los capítulos anteriores. Primero vamos a repasar los puntos de referencia que se pueden fijar prescindiendo por completo de las noticias conservadas en la Biblia. Después completaremos ese exiguo, aunque firme, marco con los datos históricos que se pueden deducir del análisis crítico de los textos bíblicos. Por último, trataremos de enmarcar ahí el desarrollo de las instituciones y la práctica religiosa del pueblo de Israel en este apasionante periodo de su historia.

## I. JUDÁ BAJO EL DOMINIO AQUEMÉNIDA

Ciro II había sucedido en el trono de Persia a su padre Cambises I hacia el año 559 a.C. En los primeros años de su reinado tuvo conflictos con Astiages de Media, al que finalmente derrotó en Ecbátana el año 549 a.C., y se llevó a Persia los tesoros de su reino. Inició entonces una serie de campañas militares hacia occidente, que hacia el 540 a.C. le permitieron lograr sus primeras conquistas territoriales dentro del Imperio babilónico. En el año 539 se rindió la ciudad de Sippar, y poco después su ejército entraba sin luchar en Babilonia, apoyado por los sacerdotes locales. Las regiones que formaban parte del Imperio neobabilónico, entre ellas la zona siro-palestina, pasaron pacíficamente a ser integradas en el Imperio aqueménida de Persia.

### 1. La «restauración» de los cultos locales en la política de Ciro II el Grande

Un elemento importante en la política de los grandes imperios que se sucedieron en el dominio del Próximo Oriente fue la creación de una ciudadanía fiel al gobierno imperial. No lo consiguieron los asirios ni los babilonios con su política de deportaciones, más generales en el primer caso, y más selectivas en el segundo. Sin embargo, los persas lograron perfeccionar la estrategia de adoctrinamiento de las poblaciones sometidas y obtuvieron mejores resultados. En su propaganda no se hablaba de conquista, sino de legitimación, derechos de sucesión o de restauración del poder legítimo. Tampoco deportaban a las poblaciones conquistadas ni les imponían unos modos de vida distintos a los que ya tenían, con tal de que pagasen a su debido tiempo los impuestos correspondientes.

La inscripción del cilindro de Ciro II el Grande, descubierto durante la excavación del templo de Marduk en Babilonia, es muy ilustrativa de este nuevo modo de afrontar las situaciones. En él se explica que el rey babilónico había destruido la religión ancestral, y por eso Ciro fue llamado a intervenir:

El culto de Marduk, el rey de los dioses, había cambiado en abominación, cotidianamente hacía el mal contra su ciudad [...] Marduk que cuida por los santuarios que estaban en ruinas y los habitantes de Sumer y Akkad que eran como muertos,

contuvo su cólera y tuvo piedad. Examinó y miró todos los países buscando a un gobernante recto dispuesto a llevarle. Entonces pronunció el nombre de Ciro, rey de Anšan y pronunció su nombre para que fuese el gobernante de todo el mundo [...]. Yo soy Ciro, rey del mundo, gran soberano, monarca legítimo, rey de Babilonia, rey de Sumer y Akkad, rey de los cuatro bordes de la tierra, hijo de Cambises, gran soberano, rey de Anšan, [...]. Cuando entré en Babilonia como amigo y cuando establecí la sede del gobierno en el palacio del gobernante, en medio de júbilo y regocijo, Marduk, el gran señor, indujo a los magnánimos habitantes de Babilonia a amarme y procuré a diario reverenciarle. Mis numerosas tropas anduvieron por Babilonia en paz. No permití que nadie aterrorizara el país de Sumer y Akkad. Me esforcé por la paz en Babilonia y en todas sus ciudades sagradas. En cuanto a los habitantes de Babilonia que contra la voluntad de los dioses habían sido sometidos, yo abolí el yugo que atentaba contra su posición. Alivié la triste condición de sus alojamientos, dando fin a sus quejas. Marduk, el gran señor, se alegró de mis obras y envió bendiciones amistosas a mí mismo, Ciro, el rey que le venera, a Cambises, mi hijo, vástago de mis lomos, así como a todas mis tropas, y todos lo ensalzamos alegremente, estando él en paz. Todos los reyes del mundo entero [...] trajeron sus grandes tributos y besaron mis pies en Babilonia. [...] A las ciudades sagradas del otro lado del Tigris, cuyos santuarios habían sido ruinas largo tiempo, restituí las imágenes que solían vivir en ellas y establecí para ellas santuarios permanentes. También reuní a todos sus habitantes y les devolví sus solares [...]. (COS 2.124; ANET 315-316).

De acuerdo con la información que proporciona esta inscripción, la política religiosa de Nabónido había causado un gran descontento en Babilonia. En vez de a Marduk, el dios tradicional, se daba culto a estatuillas. Incluso los rituales, las ofrendas y las oraciones no eran los adecuados. El rey babilónico había esclavizado a su pueblo, los pueblos estaban en ruinas e incluso los dioses habían tenido que abandonar su ciudad. En esas circunstancias, fue el propio Marduk el que llamó a Ciro para restablecer la justicia en su pueblo, y fue Marduk –siempre según lo escrito en ese cilindro– quien dispuso las cosas para que Ciro tomara Babilonia. Ciro no rehusó esa llamada, y el pueblo lo recibió con los brazos abiertos como a un liberador, con alegría y canciones. En vez de dedicarse al pillaje de los templos, devolvió los dioses a sus casas.

Esta inscripción del cilindro de Ciro, es una muestra entre otras de que la «restauración» era una de las tareas políticas prioritarias del Imperio persa. Dejaba libertad, apoyaba los cultos tradicionales de cada lugar, e



incluso permitía que se reunieran los antiguos habitantes de cada ciudad o región, que durante décadas habían sufrido deportaciones y estaban dispersos, y les devolvía sus haciendas. De este modo ganaba el favor de una población que le estaba agradecida y bien dispuesta a aceptar su gobierno y a pagar sus tributos.

Siguiendo esta política, que era la habitual del Imperio aqueménida, no es de extrañar que se autorizase el regreso de los deportados de Judá que quisieran volver a las tierras de las que habían sido exiliados. También encaja bien en el marco general de esa política el que se permitiera la reconstrucción de la ciudad y templo de Jerusalén, y de que se restaurase el culto público a Yahvé.

## **2. Situación social y económica de Palestina en los inicios de la dominación persa**

Ciro II murió el 530 a.C. y le sucedió su hijo Cambises II. Heredó de su padre un gran imperio en el próximo y medio Oriente, y pertrechado con un fuerte ejército emprendió una campaña a la conquista de Egipto, que fue todo un éxito. Logró su propósito, ya que se adueñó de su territorio y asumió el título de faraón, iniciando una nueva dinastía que gobernó el alto y el bajo Nilo. Murió el año 522 a.C. cuando intentaba estabilizar unas revueltas que habían surgido en Persia.

Le sucedió Darío I (522-486 a.C.) que amplió el imperio con la conquista de Tracia y Macedonia, e hizo más efectiva su organización mediante su división en satrapías, y estas a su vez en provincias. Implantó un sistema monetario e hizo del arameo la lengua de comunicación oficial del imperio.

Mientras tanto, ¿cuál era la situación de Palestina? Cuando Ciró II el Grande había entrado en Babilonia y se había hecho con el control de la ciudad y de la organización burocrática del imperio, los territorios que hasta ese momento estaban bajo el dominio babilónico pasaron a formar parte del nuevo Imperio aqueménida. Esto es lo que sucedió con Palestina.

En esos momentos toda la región de Palestina estaba muy deprimida en lo económico como consecuencia de las devastaciones sufridas en los puntos capitales durante su conquista por los ejércitos caldeos, así como de la progresiva despoblación y empobrecimiento de los campos. En efecto, además de los que murieron en las contiendas y en los expolios lleva-

dos a cabo en las campañas militares del 597 y del 587 a.C., hay que restar varios miles de personas que fueron deportadas a Babilonia, y también habría que descontar un número más difícil de precisar de gente que emigró a otras regiones, sobre todo a Egipto.

La arqueología muestra que, ante esa situación, a lo largo del siglo V a.C., las autoridades persas impulsaron la recuperación de la zona costera, con más expectativas de crecimiento económico y capacidad de generar riqueza tanto agrícola como comercial. Pero también permitieron, e incluso alentaron proporcionando alguna ayuda material, las iniciativas locales que surgían, y que, de modo complementario a las inversiones oficiales, podrían ayudar al desarrollo de la región.

Los cálculos de población –teniendo en cuenta la extensión de los poblados que las excavaciones arqueológicas han sacado a la luz– son de unos doce mil habitantes en toda Judea entre el 550 y el 450 a.C. Recordemos que solo la ciudad de Jerusalén había llegado a los quince mil habitantes a finales del siglo VIII a.C., cuando se hizo necesaria la ampliación de su perímetro de murallas, durante el reinado de Ezequías. Por su parte, también Samaría tenía unas cifras de población bajas, unos cuarenta y dos mil habitantes, cuando en el siglo VIII a.C. había alcanzado los cincuenta y un mil.

En cambio, se aprecia un notable incremento de población en la franja costera. Los emperadores aqueménidas estaban muy interesados en desarrollar el potencial de las flotas fenicias. En la costa hubo un desarrollo importante de urbanización en las ciudades, y se llevó a cabo una modernización de las fortalezas, para que la región se integrase perfectamente en las grandes vías del comercio mediterráneo. Se construyeron grandes almacenes y los primeros puertos marítimos artificiales de la costa Palestina, así como otros, aún mayores, en la zona fenicia. En ese tiempo de esplendor de la zona marítima, Galilea y el valle de Yizreel fueron quedando cada vez más integrados en las rutas comerciales fenicias, participando de su riqueza y desarrollo, y a la vez, en la práctica, cada vez más separados de Samaría.

En un primer momento, cuando Ciro II se había hecho con el mando, todo el imperio de Babilonia fue integrado como una sola satrapía. Más adelante, en la remodelación administrativa llevada a cabo por Darío I, esa satrapía se dividió en dos, a un lado y otro del Éufrates. La capital de la

Transeufratina se estableció en Damasco, y a ella quedó asignado todo el territorio de Palestina. Esa satrapía fue dividida en provincias. Varias de ellas estaban en la costa, y había una que se encargaba del control de las zonas altas del interior con capital en Samaría. Con el paso del tiempo, se desgajaría de esa provincia el antiguo territorio de Judá constituyendo por sí mismo una nueva provincia llamada Yehud, con capital en Jerusalén. Yehud, como las demás provincias, acuñó moneda propia para el uso local. Su territorio llegaba desde Betel y Jericó por el norte, hasta Bet-Sur por el sur, junto con algunas zonas desérticas en el entorno del mar Muerto. No incluía la Sefelá ni la costa.

### 3. La organización de la provincia de Yehud

En los siglos v-iv a.C. la población de Judá fue creciendo casi en un 40% respecto al siglo anterior, y llegaría a alcanzar unos diecisiete mil habitantes en el 330 a.C. Las zonas rurales, pero sobre todo la ciudad de Jerusalén fueron cobrando cierta vitalidad, gracias a la notable autonomía de la que gozaron. En efecto, los más altos dignatarios del imperio estaban ocupados en otras tareas y proyectos, lejos de Judá, por lo que apenas se interesaban por lo que allí sucedía, a no ser en cobrar los tributos correspondientes.

A Darío I le había sucedido su hijo Jerjes I en el 486 a.C., que buscó ampliar hasta Europa las fronteras de su imperio y fue el gran protagonista de las guerras médicas contra los griegos. Igual grandeza de proyectos e intereses globales, con victorias y derrotas importantes, que no les dejaban tiempo ni ocasión de interesarse directamente por las cuestiones de Yehud, tuvieron sus sucesores en el trono: Artajerjes I (465-424 a.C.), Jerjes II y Sogdiano, que apenas reinaron unos meses, Darío II (424-405 a.C.), Artajerjes II (405-359 a.C.), Artajerjes III (359-338 a.C.), Artajerjes IV (338-336 a.C.), y Darío III (336-330 a.C.) que sería asesinado por el sátrapa Besos que se autoproclamó rey, pero nada pudo ante el empuje de las tropas de Alejandro Magno. Fueron años en que los judíos pudieron organizarse con libertad pero sin independencia, integrados en el Imperio aqueménida, hasta que este sucumbió ante la irrupción de las tropas macedónicas en el próximo y medio Oriente.

Las autoridades aqueménidas eran muy tolerantes con los modos de organización propios de cada región. Dentro de la gran estructura admi-



nistrativa general de satrapías y provincias, cada lugar se regía mediante sus normas, leyes y usos tradicionales, con órganos de gobierno presididos por jefes políticos locales. La administración persa era compatible con modos de funcionamiento muy diversos, según los lugares. En la costa fenicia, las comarcas eran regidas por monarquías dinásticas locales. Otras zonas se organizaban mediante estructuras étnico-tribales, con sus propios jueces y consejos de ancianos, debidamente reconocidos por el Imperio persa. También cabía la posibilidad de funcionar con una estructura de ciudad-templo, según un modelo de origen babilónico, siempre que sus estatutos y personal de servicio fueran aceptables para los persas.

En el caso de Yehud el esquema organizativo que se siguió fue el de la ciudad-templo. Jerusalén fue creciendo poco a poco y, con las aportaciones que podían conseguir sus habitantes y las que llegaban desde otras zonas –además de contar con la protección y cierto apoyo de las autoridades persas–, se fue alzando su templo, hasta llegar a convertirse en el referente principal de la actividad cultural y política de la provincia.

Los exiliados en Babilonia habían tenido ocasión de conocer allí un tipo de templo bastante complejo, en el que se integraban elementos religiosos, políticos y económicos. Los templos de Babilonia, Nippur o Uruk disponían de amplios espacios arquitectónicos que incluían tanto el santuario con la imagen del dios correspondiente como grandes almacenes que servían de depósitos de las ofrendas. Disponían también de talleres, escuelas de escribas y sacerdotes, habitaciones para la residencia de los sacerdotes con sus familias, y extensas explanadas para facilitar el acceso a los fieles. Esos santuarios eran centros económicos de primera magnitud, y sus sacerdotes y escribas constituían una clase dirigente que llevaban las riendas del gobierno en las poblaciones y campos adyacentes al santuario. Existían ciudades-templo en Mesopotamia desde el tercer milenio a.C., aunque habían cobrado gran importancia en el Imperio neobabilónico como impulsoras del desarrollo económico y de la colonización agrícola. Así lo atestiguan, por ejemplo, los textos administrativos de Uruk. Los templos tenían grandes ingresos con los diezmos y con las ofrendas que recibían, a la vez que gozaban de exenciones de impuestos por parte de los reyes.

Cuando los exiliados pudieron regresar a Jerusalén, es muy posible que los sacerdotes tuvieran presente ese modelo de templo que habían co-



nocido en la baja Mesopotamia, y que llegado el momento de restaurar el viejo templo de la ciudad, lo planificasen de acuerdo con ese esquema, dotándolo de unas dependencias amplias que proporcionasen cobijo a numerosas actividades.

En el entorno del templo, la clase sacerdotal se podría organizar y desarrollar adecuadamente. Los responsables del sacerdocio, también aquí serían figuras relevantes para el gobierno de la ciudad e incluso del territorio agrícola de Yehud, máxime cuando los gobernadores de la provincia les dejaban amplios espacios de autonomía.

El templo sería también el foco cultural más importante de la ciudad, con sus escuelas para la formación de sacerdotes, expertos tanto en cuestiones relacionadas con el culto como en la organización de la vida ciudadana. En ellas se formaron generaciones de escribas y, sin duda, que junto a toda la documentación administrativa se fue consolidando una colección relevante de textos escritos acerca de la vida y organización religiosa del pueblo.

#### **4. Los judíos en la diáspora. La colonia de Elefantina**

Para completar esta primera aproximación al marco histórico del antiguo reino de Judá en el siglo V-IV a.C. aún es necesario decir algo más sobre el destino de sus pobladores tras la conquista de Jerusalén por los caldeos y las consiguientes deportaciones. Una parte notable de ellos, la gente más sencilla, se habían quedado en sus aldeas y tierras. Otros habían sido deportados a Babilonia, y como ya vimos en su momento, se habían establecido allí y estaban bien instalados en aquella sociedad. Aprovechando las facilidades de la administración imperial aqueménida algunos de ellos habían regresado a la tierra de sus padres, pero un buen número de ellos permanecieron en la baja Mesopotamia.

Junto a estos, otra parte significativa de judíos en el extranjero eran los que estaban afincados en Egipto. En efecto, desde mucho tiempo antes una tendencia natural de los habitantes de la región Palestina había sido la de acudir a las regiones del delta del Nilo a buscar alimento, sobre todo en épocas de carestía. De ordinario los egipcios vendían sus productos, pero también estaban dispuestos a acoger mano de obra para trabajar en sus campos o construcciones. Tampoco había sido inusual que algunos semitas se enrolasen en los ejércitos egipcios y que, al terminar sus

campañas, se quedaran en Egipto, unidos a sus antiguos compañeros de milicia.

En el siglo V a.C. hay testimonios directos de la actividad que desarrollaban estos grupos de judíos asentados en las tierras del Nilo. En concreto se conocen unos doscientos papiros y unos cincuenta *óstraka* escritos en arameo, en su mayor parte procedentes de la isla de Elefantina, en el alto Egipto. Por ellos se sabe que había allí una colonia militar, constituida por judíos que tenían su propia organización, habían construido un templo en el que daban culto a Yahvé (*Yhw*), celebraban la Pascua y no trabajaban en sábado. Pero a la vez, se han encontrado huellas de sincretismo de cultos a divinidades como Anat-Betel o Anat-Yahu, en las que se integraban elementos yahvistas y ajenos, y también señales de culto a dioses totalmente extraños a la tradición religiosa de Israel. Además de en Elefantina, también se han encontrado documentos que atestiguan una presencia judía significativa en Hermópolis y Migdol.

La presencia de colonias judías en Egipto es anterior a las campañas de las tropas babilonias contra Judá y Jerusalén. Comenzó a ser significativa en el siglo VII a.C., aunque se hizo particularmente notable en el siglo VI a.C. Cuando Cambises II llegó, en ese siglo, a Egipto ya estaba construido el templo a Yahvé de Elefantina. Precisamente en ese tiempo resultó dañado en un duro enfrentamiento con la comunidad egipcia, pero fue reconstruido más tarde con permiso de las autoridades persas. Por lo demás, salvo algún incidente violento como ese, más bien excepcional, las comunidades judías en Egipto estaban bien integradas con el resto de la población de la zona. Tanto el comercio como las relaciones sociales entre judíos, egipcios y arameos establecidos allí eran abiertos y cordiales.

## II. REGRESO Y RECONSTRUCCIÓN DE JERUSALÉN

El panorama que se puede dibujar a partir de los datos arqueológicos y de las inscripciones antiguas acerca de la historia de la provincia de Yehud, que acabamos de presentar, proporciona un fondo real en el que se pueden contrastar las informaciones proporcionadas por los textos bíblicos, de modo que, tras un cuidadoso análisis crítico, se puedan completar con ellos algunas informaciones sobre hechos o personajes de ese tiempo y lugar.

## 1. El edicto de Ciro

El libro segundo de la Crónicas termina mencionando un edicto de Ciro que dice:

Así dice Ciro, rey de Persia: El Señor, Dios de los cielos, me ha entregado todos los reinos de la tierra. Él mismo me ha encomendado construir en su honor un Templo en Jerusalén que está en Judá. El que de vosotros pertenezca a ese pueblo, que el Señor, su Dios, esté con él y que suba (2 Cr 36,23).

Un texto muy parecido se cita al comienzo del libro de Esdras, aunque en este caso se añade la orden de que se les proporcionen ayudas para llevar a cabo su propósito (cf. Esd 1,2-4). No se tiene noticia fuera de la Biblia de tal decreto pero, como hemos visto, es coherente con la política imperial de Ciro II el Grande, que no solo toleraba sino que fomentaba los cultos locales, como un modo de garantizarse la lealtad de núcleos importantes de población autóctona de distintas regiones integradas en su imperio. Desde el punto de vista histórico se puede dar por seguro que un grupo de exiliados tuvieron vía libre para regresar a Judá, y reconstruir la ciudad y su templo, y que a partir del 538 a.C. comenzaron las expediciones. No parece que fuesen muy numerosas, como lo atestigua la arqueología de las ciudades repobladas y también la alusión tardía de Flavio Josefo a que gran parte de los judíos prefirió quedarse en Babilonia, donde ya se habían asentado cómodamente, para no perder su posición social y económica.

## 2. Sesbasar y Zorobabel. Conflictos entre la población local y los deportados que regresaban

Entre los líderes de los deportados que emprendieron camino de Jerusalén destacan las figuras de Sesbasar y Zorobabel.

Sesbasar era un «príncipe de Judá» (Esd 1,8) al que se nombró «gobernador» y encargado de recoger los enseres del templo que se pudieran recuperar en Babilonia para hacerlos retornar a su lugar de origen. Él asumió esta tarea y la llevó a cabo. Transportó lo que pudo encontrar y puso los fundamentos de nuevo templo (cf. Esd 5,14-16).

Por su parte, Zorobabel, que según parece era de linaje davídico (cf. 1 Cr 3,1-19), fue quien encabezó la primera gran expedición de repatria-



dos que se menciona en el libro de Esdras (cf. Esd 2,2). También se lo califica como «gobernador» (Ag 1,1) y con gran frecuencia se lo menciona acompañado y trabajando en colaboración con el sacerdote Josué (cf., por ejemplo, Ag 2,4). Tuvo una intervención decisiva en las obras de reconstrucción del templo (cf. Esd 5,2).

Los últimos años de Ciro II y los del reinado de su hijo Cambises fueron difíciles para los que habían retornado. Tenían libertad para volver, pero no contaron con tanto apoyo oficial como les habría gustado. Además, el grupo de repatriados encontró fuerte oposición entre una buena parte de la población local. ¿Quiénes eran los legítimos propietarios de las tierras, los que llegaban con una lista genealógica reclamando la heredad de sus padres, o los que habían nacido en unos terrenos donde sus padres, gentes del campo, se habían establecido al encontrarlos abandonados a su suerte? El libro de Esdras menciona además que «los enemigos de Judá y Benjamín se enteraron de que los hijos del destierro edificaban un Santuario al Señor, Dios de Israel» (Esd 4,1) y se dirigieron a Zorobabel para participar en la construcción, pero fueron rechazados, por lo que pusieron todo tipo de trabas para obstaculizar el avance de las obras.

Durante todo el reinado de Cambises, que estaba centrado en su actividad en Egipto, las intrigas locales consiguieron ir dilatando los tiempos de construcción. Sin embargo, cuando Darío I asumió el imperio y las autoridades persas se interesaron más directamente por lo que estaba pasando en Judá, lograron mantener mejor el orden, y se pudo comenzar en serio la construcción del templo. Esto fue en el año 520 a.C., bajo la guía de Zorobabel y Josué, gobernador y sacerdote, respectivamente. Las obras se pudieron concluir, y la consagración del santuario se llevó a cabo en el año 515 a.C.

Durante el reinado de Darío I (522-486 a.C.) las autoridades persas comenzaron a tomar las riendas en la organización de la región. Así lo muestra, por una parte, la protección y el apoyo que prestaron para que las obras del templo se pudieran realizar y culminar, y por otra parte la posterior marginación de Zorobabel para que no hiciera sombra al poder imperial, ya que tanto por su estirpe como por su liderazgo en esas tareas gozaba de indudable autoridad moral ante el pueblo. La organización en provincias del imperio que se llevó a cabo durante ese reinado fue, sin duda, un instrumento útil para asumir un control racional de lo que sucedía.



Por lo demás, la situación estratégica de Judá era muy importante para los persas, ya que era el territorio integrado en su imperio más cercano a la frontera con Egipto, por lo que las autoridades imperiales tendrían interés en contar con una lealtad firme por parte de los responsables de la comunidad de la provincia de Yehud. Para los puestos decisivos en el gobierno se apoyaron en personajes de prestigio, en los que pudiesen confiar, reclutados entre los miembros más nobles de las comunidades judías asentadas en los contornos de Babilonia.

La situación interna de la provincia era delicada. En cuanto comenzaron a llegar caravanas de repatriados que intentaban asentarse en los campos y ciudades, se plantearon conflictos con la gente que vivía allí. De una parte, los pobladores de aquellas tierras desde tiempo atrás, que no habían sido llevados al destierro, eran pobres campesinos y pastores, que no sabían escribir ni habían tenido quien les enseñara ni los guiase durante décadas, y que carecían de organización. Su conocimiento de la cultura y religión tradicional de Israel era muy inferior al que tenían los recién llegados desde Babilonia. Además, no habían vivido como ellos en unas comunidades tan cerradas a las influencias extranjeras, por lo que se habían ido mezclando sin reparos con las poblaciones de las zonas vecinas que –debido a las vicisitudes históricas de la zona, especialmente por la presencia de deportados de todo Próximo Oriente llevados allí en tiempos del Imperio asirio– eran de procedencias y cultos muy variados.

Mientras tanto, los grupos que iban llegando traían listas de genealogías y posesiones, cuidadosamente conservadas y puestas al día durante el destierro. Pueden ilustrar acerca de este tipo de documentos, las listas contenidas en el segundo capítulo del libro de Esdras y el séptimo de Nehemías, aunque la redacción de esos textos es bastante posterior a ese primer momento, y es muy posible que hayan sido retocadas por motivos políticos. De ellas se desprende que entre los que regresaban había un buen número de personas cuyas familias procedían de Jerusalén y de sus alrededores y que tenían la intención de instalarse en el lugar de origen de sus antecesores. Eran descendientes de la familia real, de altos funcionarios, que estaban bien organizados y conducidos por sus líderes políticos y religiosos, disponían de medios financieros, y contaban con la confianza y apoyo de las autoridades imperiales, por lo que serían ellos quienes intentasen consolidar un núcleo nacional judaico.

La tensión entre los nuevos pobladores, que se estaban asentando en Jerusalén y se afanaban en su reconstrucción, y la población local de Judá fue tan fuerte que llegó a enfrentamientos armados. A estos enfrentamientos se alude en unos textos difíciles de Zacarías donde se dice que Jerusalén será como una copa envenenada para los pueblos de alrededor, que Judá sentirá gran angustia por el asedio contra Jerusalén, que los jefes de los clanes de Judá serán como un brasero encendido en la leña, y que Jerusalén volverá a ser habitada en su emplazamiento (cf. Zac 12,2-6). La lucha entre la población autóctona de Judá y los que venían de Babilonia, protegidos por el Imperio aqueménida, para instalarse en Jerusalén, se decantó a favor de los segundos. No se sabe de qué parte estuvo Zorobabel, aunque parece que fue cambiando con el tiempo. Pudo mediar entre ambos al principio, pero luego se uniría a los príncipes locales, tal vez en un intento de restaurar la monarquía tradicional de Judá (cf. Ag 2,20-23), habida cuenta de su ascendencia davídica. Es muy posible que su muerte trajese llanto, por una parte, ya que se desvanecía toda esperanza de restablecer la realeza, y resignación, por otra, ya que solo cabía la sumisión al nuevo régimen que se instauraba en Jerusalén con la protección imperial: «por el que traspasaron, por él harán duelo con el llanto por el hijo único; se afligirán amargamente por él con el dolor por el primogénito» (Zac 12,10). ¿Se refieren a él esas palabras? El hecho es que de Zorobabel, que había tenido un gran protagonismo en el inicio de la organización social de la provincia y en la reconstrucción del templo, no se vuelve a hablar más en la Biblia, ni tampoco de sus descendientes. Sin duda, su desaparición de la escena política sería un respiro para las autoridades persas, que conjuraban así los intentos de una reinstauración monárquica que pudiera suscitar deseos de independencia.

A partir de ese momento la dinastía davídica no tendría protagonismo político alguno en la historia del pueblo. En cuanto al gobierno, la provincia de Yehud estaba dirigida por unos gobernadores nombrados por la autoridad persa. Eran judíos, pero no de familia davídica.

En cambio, los sacerdotes del templo sí que irían asumiendo en esos primeros momentos posiciones de liderazgo entre la población. Los responsables del culto en el templo, el clero sadoquita, acogió bien tanto a los repatriados como al pueblo de la tierra, e incluso a los extranjeros que vivían en los contornos y que deseaban adorar a Yahvé (cf. Is 56,6-7). De

los sacerdotes dependía el culto y toda la actividad cultural, comercial, literaria y legal que florecía en las numerosas dependencias del nuevo santuario. De hecho, el templo se constituyó durante todo este periodo en el primer referente para la identidad nacional de Judá.

### 3. La misión de Nehemías

Esta situación se mantuvo, aunque con matices diferentes, durante los reinados de Jerjes I (486-465 a.C.), Artajerjes I (465-424 a.C.), Darío II (424-405 a.C.) y Artajerjes II (405-359 a.C.). En ese contexto habría que situar las misiones de Esdras y Nehemías, de las que se habla en los libros bíblicos correspondientes, aunque no es posible fijar con certeza la fecha en la que cada una de ellas se llevó a cabo, ya que faltan datos exactos. Se dice que Esdras subió desde Babilonia a Jerusalén en el año séptimo del reinado de Artajerjes rey de Persia (cf. Esd 7,1-10) y también que Nehemías le plantea al rey Artajerjes marchar a Jerusalén en el año veinte de su reinado (cf. Neh 2,1). El problema deriva de que hay tres reyes de Persia llamados Artajerjes que tuvieron un largo reinado y no se especifica a cuál de ellos se refiere, por lo que tampoco se tiene seguridad de que se trate del mismo Artajerjes. Atendiendo a otros personajes mencionados en esos libros, y contrastándolos sus nombres con los mencionados en otros documentos, como por ejemplo los papiros de Elefantina, lo más probable es que la misión de Nehemías tuviese lugar el año 445 a.C., año vigésimo de Artajerjes I, mientras que la misión de Esdras pudo ser el 398 a.C., año séptimo de Artajerjes II, y por tanto posterior a la de Nehemías.

Nehemías era un judío de la diáspora, bien situado en la corte de Artajerjes I, al que llegaron noticias de unos acontecimientos acaecidos en Jerusalén que ponían de manifiesto el desgobierno y los desórdenes que conmovían la ciudad santa, cuyas puertas habían sido consumidas por el fuego y cuyas murallas estaban derruidas (cf. Neh 1,4). Con esos datos se presentó ante el rey y le pidió amplios poderes, que le fueron concedidos, para poner orden en la ciudad y restaurarla. Nehemías se puso en marcha, contando con el apoyo de la comunidad judía de Babilonia, con el objetivo de convertir a Jerusalén en capital efectiva de las comunidades judías de Judea y de todo el mundo. En esos momentos había judíos en el entorno de Babilonia, en Egipto, y también había en la propia ciudad de Jerusalén



y en sus entornos un cierto número de repobladores venidos del destierro en los años anteriores, pero en continuo conflicto con los habitantes de la tierra. Las familias de los antiguos propietarios de las tierras que seguían en la diáspora, debieron de apoyar a Nehemías, ya que iba a prestarles una ayuda importante para recuperarlas. Cuando Nehemías llegó a Jerusalén se apoyó en los repatriados para sacar adelante sus proyectos y tuvo que hacer frente a la oposición de los extranjeros.

El primer proyecto que afrontó fue la restauración de la muralla para garantizar su seguridad. En esa tarea le apoyaba el sumo sacerdote Elyasib (cf. Neh 3,1) y colaboraron con gusto todos los habitantes de la ciudad, que estaban acosados por sus vecinos. Mientras trabajaban en las obras tuvieron que defenderse de los ataques urdidos por Sanbalat, gobernador de Samaría, por Tobías, un adinerado ammonita que controlaba las redes comerciales de la zona, y por otros caciques locales que no veían con buenos ojos un reforzamiento de Jerusalén (cf. Neh 4,1).

Una vez reconstruida la muralla, sus esfuerzos se centraron en la recomposición social y económica de la región, que estaba muy deteriorada (cf. Neh 5,1-13). Para eso tomó medidas fuertes, como fue la de imponer la condonación de las deudas (cf. Neh 5,10-12). Cuando lo consiguió, su prestigio quedó muy reforzado.

Al analizar las causas de la penosa situación a la que se había llegado, atribuyó la culpa a los extranjeros, procedentes de las zonas limítrofes, que se habían ido estableciendo en la ciudad y sus contornos aprovechando el vacío de poder que había en ella. Por eso se propuso apartar de sus puestos a los advenedizos. Con ese objetivo elaboró un censo de funcionarios y pueblo, sirviéndose de una lista de repatriados que encontró. Quienes no figurasen en ese elenco, ni pudieran demostrar su parentesco, podrían ser excluidos de sus cargos (cf. Neh 7,1-72). A la vez emprendió una campaña contra los matrimonios mixtos, insistiendo en la necesidad de separarse de todo extranjero (cf. Neh 13,3).

Desde el punto de vista religioso fue importante la gran asamblea que convocó para renovar la alianza con Yahvé, tras la cual el pueblo se comprometió por escrito a respetar la ley de Dios, a evitar los matrimonios mixtos, a respetar el sábado impidiendo el comercio, y a ofrecer al templo todo lo requerido para atender a sus necesidades (cf. Neh 10,1-40).



Una vez cumplidos sus objetivos, el año 433 a.C., Nehemías regresó a Susa, como se lo había prometido a Artajerjes (cf. Neh 13,6), dejando la vida de la ciudad encarrilada en manos de sus habitantes. Sin embargo, parece que quienes ya se habían opuesto a su tarea desde el principio, con el apoyo de una parte de la población, que no asumía de buen grado tanta radicalidad en la separación con los extranjeros, fueron ganando fuerza con su ausencia, por lo que todas las medidas que había tomado corrían el riesgo de quedar en entredicho. Para atajar esa eventualidad, Nehemías pidió de nuevo permiso al monarca para regresar.

En su segunda misión puso aún mayor energía que en la primera para que sus medidas se aplicasen, y dictó también algunas nuevas disposiciones que le enfrentarían con los sacerdotes del templo. Una de ellas consistió en desalojar del templo una especie de sucursal de los negocios comerciales que el todopoderoso Tobías el ammonita, emparentado con el sumo sacerdote Elyasib, había establecido en las dependencias del santuario. También urgió a que los sacerdotes sadoquitas, que habían tenido buenas relaciones con los extranjeros, se distanciasen de ellos. Fue muy sonada la expulsión de Yoyadá, uno de los hijos del sumo sacerdote Elyasib que se había casado con la hija de Sanbalat, el gobernador de Samaría (cf. Neh 13,28). También aplicó con mano dura las prescripciones sobre los diezmos del templo y la observancia del sábado.

Con estas nuevas medidas, la ciudad de Jerusalén quedó casi como una isla dominada por los judíos de la diáspora, que controlaba todo el territorio de sus entornos, habitado por los descendientes de los antiguos pobladores de los campos y aldeas de Judá, obligados a vivir como extranjeros en su tierra.

La gente del campo se encontraba en un dilema. Si no se adherían a las directrices de Jerusalén conforme a las reformas de Nehemías, eran rechazados. Pero, en cambio, eran bien acogidos por sus vecinos de Samaría. De ahí la creciente animadversión de los habitantes de Jerusalén hacia los samaritanos, a los que culpaban de tentar a los propios judíos del pueblo a separarse de sus autoridades.

El templo, por su parte, siguió conservando su importancia decisiva en la vida religiosa y social de la ciudad y se reforzó como punto de referencia esencial para todos los judíos de la diáspora. Sin embargo, las medidas tomadas propiciaron un cambio de orientación en el sacerdocio

durante esta etapa, ya que se pasó de la apertura universalista de los primeros momentos después de la reconstrucción, a un segregacionismo que dejaba fuera a todos los que no eran admitidos en el nuevo sistema implantado por Nehemías.

#### 4. La misión de Esdras

La misión de Esdras, por su parte, habría que situarla probablemente, como ya dijimos, en el año 398 a.C., durante el reinado de Artajerjes II.

Esdras era un «escriba experto en la Ley de Moisés, aquel a quien le había sido entregada por el Señor, Dios de Israel» (Esd 7,6), y su misión consistió en llevar a Jerusalén esa ley como norma sancionada por el rey de Persia. Es decir, las autoridades del imperio ratificaban que la ley promulgada por Esdras era la ley a la que los judíos deberían ajustar su comportamiento. Persia aceptaba esa normativa tradicional de Judá, a la vez que la imponía como legislación vinculante. En el libro de Esdras se cita el decreto real, donde se expresa claramente la voluntad política del rey persa:

Artajerjes, rey de reyes, al sacerdote Esdras, honorable escriba de la Ley del Dios de los cielos, etcétera. Yo mismo decreto que todos los israelitas que haya en mi reino, así como los sacerdotes o levitas, que deseen marchar contigo a Jerusalén, pueden hacerlo. El rey y sus siete consejeros te envían a inspeccionar Judá y Jerusalén con la Ley de tu Dios en la mano, y a llevar la plata y el oro que el rey y sus consejeros han ofrecido voluntariamente al Dios de Israel, cuya morada está en Jerusalén, además de toda la plata y el oro que puedas obtener en toda la provincia de Babilonia, así como las ofrendas que el pueblo y los sacerdotes entreguen espontáneamente para el Templo de su Dios en Jerusalén. [...] Y tú, Esdras, con el conocimiento que posees de tu Dios, dispón magistrados y jueces que administren justicia a todo el pueblo que está al otro lado del río, esto es, a los que conocen la Ley de tu Dios; y enséñasela a quienes no la conocen. Y que se juzgue si es reo de muerte, de exilio, de confiscación de sus posesiones, o de cárcel a todo aquel que no cumpla la Ley de tu Dios y la ley del rey (Esd 7,12-16.25-26).

Las posibilidades y facilidades dadas por Artajerjes I a Nehemías habían sido más bien el premio de un monarca a la fidelidad de su servidor, permitiéndole llevar a cabo un proyecto personal, que no interfería con

las grandes cuestiones del gobierno persa. En cambio, la misión de Esdras tuvo un carácter muy distinto, ya que formaba parte directa de la política del imperio. Nehemías gozaba de una autonomía sustancial en el desempeño de su tarea, en cambio Esdras estaba promulgando una ley imperial con valor para todos los judíos que están «al otro lado del río», es decir, a partir del Éufrates, y no solo en Judá.

El estudio y la aplicación de la ley promulgada por Esdras, así como la actividad cultural del templo, constituían la primera y principal tarea de las autoridades de Jerusalén a lo largo del siglo IV a.C.

El santuario siguió siendo el centro de la vida cultural y política de Yehud. En esos años el sacerdocio fue adquiriendo una posición cada vez más predominante, de modo que a finales del siglo IV a.C. el Sumo Sacerdote asumió también el cargo del gobernador. Esta situación se mantendría en la práctica durante varios siglos, incluso tras helenización de Palestina, hasta el fin del sacerdocio sadoquita con la deposición de Onías III en el año 174 a.C.

### III. LA RELIGIÓN EN LA ÉPOCA POSTEXÍLICA

#### 1. La reconstrucción de templo. Ageo y Zacarías

El primer objetivo que se marcaban los repatriados que iban afluyendo desde Babilonia hacia Judá fue la reconstrucción del Templo. La promovían las autoridades religiosas y civiles. Los sacerdotes, tras la reforma impulsada por Ezequiel, veían la conveniencia de recrear un templo en el que se diera a Yahvé un culto adecuado. Por su parte, Zorobabel, en cuanto miembro de la dinastía davídica, veía en la reconstrucción una buena ocasión de aglutinar al pueblo en torno a sus raíces religiosas e históricas, lo que facilitaría los intentos de restauración monárquica.

Sin embargo había grandes dificultades que afrontar. De una parte, la mala situación económica de la tierra de Judá que, sin un gobierno fuerte que organizase mejor la explotación agrícola o el comercio, apenas permitía subsistir a una población menguada y depauperada. De otra, la inestabilidad que se vivía en el país como consecuencia de las tensiones por la posesión de la tierra, entre los que la reclamaban al regresar del destierro y los campesinos que la estaban explotando en las últimas décadas. A esto